

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO

DE

D. ANTONIO LASIERRA Y PURROY

El seguro obrero y la Reconstitución Nacional

POR EL ACADÉMICO

D. MANUEL LORENZO PARDO

○○○○○○○○

Al recibir y admitir el encargo que la Academia de Ciencias tuvo a bien hacerme, de dar la bienvenida al nuevo Académico de número D. Antonio Lasierra y de contestarle en el acto de su ingreso, no podía sospechar que esta misión honrosa, grata y deseada, había de ser realizada por mí en condiciones tan penosas y violentas como las en que me he encontrado y me encuentro aún, amenazado por la tragedia y perseguido duramente por la fatalidad que, por fortuna, se ha limitado a ponerme a prueba respetando hasta hoy mis más caros afectos.

Seguramente entonces, hubiera reputado de imposible el cumplimiento, en tales condiciones, porque los trastornos y los dolores asustan más cuanto más distantes; aun hoy, cuando se han desvanecido ya las nebruras más densas del mañana, del porvenir más inmediato, no llego a este sitio sin haber realizado un breve, pero intensísimo esfuerzo de voluntad, de desviación intelectual que os pido me toméis en cuenta en compensación de la falta de otros méritos.

*
* *

Un riguroso deber, voluntariamente contraído, y los dictados de una entrañable amistad, fundada sobre base más sólida aún que la del compañerismo, me han obligado sin excusas.

El encargo de la Academia era honroso como lo son ya, ¡en buena hora se digal todos los suyos, pero éste, además, es verdaderamente grato. No solamente lo es desde un punto de vista

propio, personal, por lo que dejamos dicho, sino que lo es también desde otros que se relacionan más directamente con el carácter, condiciones y méritos del nuevo Académico.

La igualdad de profesión, la coincidencia en algunas labores y aficiones, la comunidad ocasional de intereses y, sobre todo, la frecuencia del trato, me han permitido apreciar con exactitud, quizá no superada, aun tratándose de una personalidad tan conocida y familiar como lo es la suya, — los rasgos esenciales de ese carácter, de esas condiciones peculiares y de esos méritos tan justa como frecuentemente celebrados.

Natural es en quien los tiene, la modestia, la delicada repugnancia hacia los calificativos extremados con que suele abrumarse en casos semejantes a quien ha obtenido la distinción de ser llamado por una Academia, y no he de ser yo, que conozco bien el carácter de Lasierra, quien le avergüence en vuestra presencia sometiéndole a una tortura que estaría injustificada, tanto por los méritos suyos, como por mi escasa autoridad para valorizarlos.

Pero una cosa es juzgar, calificar los trabajos de nuestro nuevo compañero, y otra muy distinta enumerarlos y exponerlos prescindiendo del juicio por descontado y el calificativo por innecesario; y esto no puede privárselo su modestia ni a mi satisfacción ni a vuestro deseo.

He aquí los hechos:

Como Mor de Fuentes, el peregrino ingenio aragonés apenas conocido, procedente también del límite de la Ribagorza, Lasierra fué educado en un medio bien distinto al en que más tarde había de vivir, en un ambiente político precursor del actual, menos materializado tal vez, pero quizá más falso y no menos corrompido. Lo abandonó voluntariamente para hacerse ingeniero, estimando, como Mor, que donde tanto se ocupaba la atención en cosas supérfluas, personales, de pura vanidad, bueno sería dedicar alguna, a una profesión de menor alarde y más general provecho. Pero a la inversa de Mor, en quien la profesión de ingeniero tan sólo fué un refugio, un descanso en el accidentado transcurso de su vida, Lasierra ha sido ingeniero, e ingeniero de competencia adquirida en la continuidad del trabajo profesional, orientada hacia una especialidad que tal vez tenga sus raíces en los primeros años de su vida, en los años pasados en la villa natal,—Tamarite,—cuyo canal trazará un día el propio Mor de Fuentes.

En 1897, recién salido de la Escuela de Ingenieros de Caminos, empezó a prestar sus servicios a la Junta del Canal Imperial de Aragón, como ingeniero subalterno, quedando encargado bajo la Jefatura del ilustre D. Mariano Royo, de la reconstrucción del antiguo pantano de Mezalocha, destinado como el perdido e interesantísimo de Muel, a asegurar riegos de la cuenca del río Huerva.

No es propio del caso ni del lugar una descripción de esta interesante obra hidráulica; basta a nuestro propósito recordar el éxito completo de su construcción y la circunstancia de haber sido, con la del pantano de Híjar, una de las primeras de esta índole ejecutadas en esta época moderna de reconstitución material, por lo que ha servido de antecedente repetido, casi obligado, y muchas veces de ejemplo y de enseñanza, para el estudio y ejecución de otras posteriores.

Poco después, en 1899, redactó en unión de un compañero nuestro, que a la sazón lo era ya suyo de servicio, de José María Royo Villanova, el proyecto primitivo del pantano de La Peña. Hubo un tiempo en que sobre esta obra, que tan justas alabanzas ha merecido después, se cernió la crítica negativa y severa, cuando no la maledicencia, que no falta,—aun en estas tierras de Aragón,—cuando se trata de juzgar todo esfuerzo ajeno, por provechoso que sea.

A los que creemos, con firme y arraigadísimo convencimiento, que en estas obras y otras semejantes, fomentadoras como ellas de nuestra mayor riqueza dormida, está el porvenir de la región, nos asusta la idea de lo que hubiese podido pasar si el proyecto de La Peña hubiera caído en manos inexpertas, y las críticas y censuras hubiesen tropezado con otro temperamento menos enérgico que el de Bello. Pero por fortuna chocaron con una voluntad, un tesón y una firmeza ciclópeas, de una sola pieza, que harían honor al tradicional tesón aragonés si el notable ingeniero que las posee lo fuera. De nada sirvió envenenar las flechas que se dirigían contra aquel bloque de basalto; ¡la obra se terminó y se terminó en plazo breve! El éxito vino a acallar las voces del coro maldiciente, y hoy es mucho orgullo.

Proyectó y construyó también Lasierra, una presa en Albalate y la de Civán, sobre el Guadalope, en Caspe, ideando un arbitrio muy propio de sus posteriores aficiones y competencias, que consistió en capitalizar lo que costaba anualmente el sostenimiento de una antigua presa, garantizando con dicha cantidad

un empréstito que ha sido amortizado ya, de tal modo, que sin gastar dinero, se consiguió tener entonces presa estable y redimir ahora el canon.

Más tarde realizó en colaboración con otro ingeniero, dedicado a la misma especialidad, Nicolás Liria, y con el que os habla, distintos trabajos, muchos, porque la romántica Sociedad de las tres L trabajó con ahinco. Nos asistía la ilusión, que aún perdura, de contribuir al bien general, a la salud y a la riqueza públicas; en alguna ocasión logróse también el provecho ajeno, pero el propio..... ni una sola vez. La Sociedad murió al contacto con la realidad como muere la ilusión en los temperamentos exaltados, murió de plétora de vida en el momento de su plenitud, cuando hubiera podido obtener, seguramente, el fruto de los trabajos hechos y materializar los anhelos que habían constituido su único caudal. Se deshizo, como las alas de una mariposa atraída por el resplandor de una hoguera.

De aquella época proceden diversos estudios, entre los que sólo enumeraré los que llegaron a motivar la redacción de proyectos en su mayor parte ejecutados. Citaré: el abastecimiento de aguas potables de Zaragoza, el pantano de Gallipuéñ de Alcorisa, el ferrocarril de Cariñena a Ricla, una distribución de energía eléctrica a lo largo de la ribera derecha del Ebro desde Zaragoza a Quinto, una presa en el Jalón en Pinseque..., por proyectar hasta se proyectaron libros destinados a intensificar o ampliar la cultura técnica de nuestro personal facultativo. Algunos de estos múltiples trabajos fueron cobrados, y hasta los hubo que produjeron lo bastante para satisfacer todos los gastos ocasionados por su redacción.

Vino después la época en que se acumularon sobre Lasierra los más diversos cargos, porque distintos grupos, sindicatos y sociedades, amén de varios particulares, reclamaban el concurso de su competencia, y así fué ingeniero consultor de los sindicatos de riegos de Camarera, Urdán y Rabal que utilizan aguas del Gállego, del término de Almozara que las deriva,— cuando puede,— del Jalón; lo fué de la Compañía del ferrocarril de Sádaba a Gallur y del de Haro a Ezcaray.

Con frecuencia, y por análogas causas, ha intervenido en los estudios y deliberaciones de la Sociedad Económica de Amigos del País; fué ponente en el primer Congreso de Riegos celebrado en Zaragoza, de gratísima memoria, actuó en la semana agrí-

cola de Palencia y, con gran actividad, en la organización del Centenario de la Independencia, de su aneja, Exposición Hispano-Francesa y en el más reciente de la Reconquista.

El Monte de Piedad y Caja de Ahorros, y alguna Sociedad industrial, han obtenido también excelentes frutos de sus aptitudes y capacidad.

Como ingeniero ha trabajado, por consiguiente, antes de llegar al significativo cargo que hoy ocupa, en todas las vegas que concurren en Zaragoza tomando en cuenta y manejando las aguas del Ebro, del Gállego, del Jalón y del Huerva, pero tomó parte también, en cuestiones ferroviarias, primero en su planteamiento y después en la explotación de las líneas.

El hombre de estudio de amplios conocimientos, se ha manifestado en su intervención repeída, casi constante, en la vida local bajo los más variados aspectos de su actividad.

Y como, al recurrir a los hechos para no abrumar con juicios y calificativos laudatorios al nuevo académico, no quisiera abrumaros con su enumeración, que podría ser mucho más larga, la suspendo al llegar a este punto, aunque no sin señalar antes el rumbo que desde hace algún tiempo han tomado sus insaciables aficiones al cultivo de su inteligencia y al comercio con las que se encuentran a su alcance. Refiérome al decir esto a sus recientes trabajos sobre la llamada *ciencia del valor*, y en particular sobre el *cálculo financiero* y el *seguro*. Consecuencia de ellos es el conocimiento de esta última materia y de las que con ellas guardan tan estrecha relación, *previsión* y *mutualidad*, de que nos acaba de dar tan brillante prueba y de sus frecuentes y preciadas colaboraciones en las labores del Instituto Nacional de Previsión.

*
* * *

Ved con cuánta razón pudo decirse al hacer cita en la correspondiente memoria reglamentaria, de los méritos en que se fundaba su elección para el puesto de honor que desde hoy ocupará, que su extensa cultura abarcaba materias tan lejanas y dispares que solamente un buen sentido, elevado como el de Montaigne, a la categoría de Ciencia, de arte y de sistema, podía servirles de lazo de unión. Como Montaigne, el penetrante filósofo creador de los *Ensayos*, que no escribió sino un solo libro, el de su propia vida, Lasierra ha aprendido más en el de

la suya. ¡Ojalá tenga aún muchas hojas sin abrirla, que en todos los ajenos que por sus manos han pasado, y así acredita el sagaz aforismo del Padre Baltasar Gracián, quien en su *Criticón*, portentoso alarde de conocimiento del corazón humano, asegura que el mejor libro del mundo es el mismo mundo.

En todos estos variadísimos trabajos y desvelos hay algo común, un rasgo que podemos llamar temperamental; consiste en una sutileza extremada para la percepción de todas las impresiones debidas a una acción externa. Su realismo desinteresado, pero eminentemente mundano, le hace especialmente apto para las ciencias de aplicación, porque en ellas el proceso intelectual es de fuera adentro, y claro es, que entre todas, aquellas que tienen por campo la vida social, son las que le han ofrecido un camino más expedito y fácil. Y ello ha sido un acierto intuitivo, quizá un efecto de la ley natural del mínimo esfuerzo, porque, por naturaleza, para seguir la dirección contraria, esto es, un proceso de solitaria reflexión, de ciencia abstracta, de dentro a fuera, hubiera necesitado violentarse con merma del rendimiento de sus actuaciones, ya que no de su brillantez, pues tiene sobradas facultades para lograrla.

Su modestia no le permite reconocer este último extremo, pero como a su buen juicio no puede ocultarse el gran desarrollo de aquella facultad, en ella se apoya para corresponder al deseo de la Academia invocando el primer artículo de su Reglamento donde se considera como objeto de su fundación el adelantamiento y propagación de las aplicaciones de la Ciencia.

Equivale esto a decir que la Academia no se fundó tan sólo para cultivar la Ciencia pura en el sereno ambiente de un recinto cerrado a los movimientos propios de la vida local y nacional, sino que desde un principio se propuso contribuir al desarrollo y a la prosperidad del país; y así es en efecto. Para lograrlo requirió a cuantos pueden aportar alguna iniciativa, algún estímulo, y hoy espera mucho de las aptitudes del nuevo Académico, de su prometido entusiasmo, de su patriotismo.

* * *

— Todos habéis colaborado conmigo en este grato repaso de personales circunstancias, poniendo todos en su debido lugar los adjetivos que yo he omitido cuidadosamente, por la razón que previamente expuse, y de cuáles puedan ser esos merecidos

adjetivos, habéis dado clara idea con vuestros aplausos. No es necesario que yo los repita.

Así, abandonando los hechos al juicio, que es unánime, de la Academia y del público, podría dar por terminada esta parte de mi cometido, con la mínima contrariedad del interesado a que me obliga la amistad. Pero por encima de ésta se encuentran la justicia de un lado, de otro el mandato de la Academia, y para hacer honor a la primera y cumplir debidamente el segundo, voy a emitir con toda la brevedad impuesta por las circunstancias un juicio sintético de la labor avizorada en los anteriores párrafos.

Para hacer ese juicio emplearé un adjetivo único, que es aplicable a todos los trabajos de Lasierra y a todos sus actos en la vida social, un adjetivo que expresa, a mi juicio, la íntima esencia de su naturaleza, y que por ello no puede sonar mal en sus oídos. Si es así, como espero, veré a un tiempo cumplidos los dictados de la amistad y los del deber.

Ese adjetivo único que yo agrego a todos los que habrán pasado por vuestro pensamiento, es el de *discreto*, y lo empleo en su verdadero sentido, en el olvidado sentido que tiene en lengua castellana, en el que lo empleó Cervantes cuando ponderaba, con suprema alabanza, los más nobles actos y las más bellas palabras de los inmortales personajes creados por su fantasía, en el mismo sentido que se desprende del famoso tratado de Gracián, expresiva serie de realces simbólicos del lucimiento prudente y callado, de la cuerda intrepidez, de la general comprensión de las materias, de la más adecuada y oportuna noticia de las cosas, del acertado manejo de todos los empleos. Quien merece esos realces, es hombre entendedor y despierto, de buena elección, siempre en su punto, culto, aliñado, juicioso, bien humorado e inteligente, dichoso no por azar, sino por mérito, y bienquisto, que a todo eso y nada menos que a todo eso, equivale el ser discreto.

* * *

La discreción se acredita con el acierto, y en el día de hoy ha quedado plenamente probada la del recipiendario, tanto por la elección del tema, como por la forma en que ha sabido desarrollarlo en su discurso.

Relaciónase el tema con una cuestión de universal actualidad, con lo que ha dado en calificarse de social y dentro de ella

con un aspecto, el del seguro obrero, que la tiene hoy grandísima en este sitio por la significada presencia del prestigioso Presidente del Consejo de Patronato del Instituto Nacional de Previsión, del muy ilustre General Marvá y de las distinguidas personalidades del mismo Instituto que le acompañan.

Atraído por el gran interés del tema y obligado por la cortesía, habré de hacer algunas consideraciones acerca de él. No he conocido hasta ahora el discurso que acabamos de aplaudir, pero como, en cambio, me son conocidas de antiguo las ideas de Lasierra sobre estas cuestiones, podré hacer, si no el razonado comentario que merece, y que en otras circunstancias me hubiera esforzado por formular, el de sus extremos más salientes. Y ello habrá de serme sumamente grato porque en lo esencial comparto con él esas ideas.

*
* *

Fíjome principalmente en lo que a mi juicio es más trascendental, en la íntima relación que puede llegar a existir por medio del ahorro organizado por el Estado y garantizado por él, entre el porvenir de la clase que más motivos debería tener para preocuparse en asegurarle y la futura prosperidad del país; en la mutua dependencia entre las garantías de una vida material asegurada para todos y la riqueza pública; en la posibilidad de ejercer una acción eficaz de solidaridad social en la extensión total de la nación y, dentro de ella, en cada comarca por virtud de las colaboraciones regionales organizadas ya por el Instituto.

Las cifras a que puede llegar este ahorro organizado, y las supremas garantías que brinda, ofrecen base para las esperanzas más halagüeñas en un país como el nuestro, donde los recursos naturales son tan grandes y donde tantas empresas remuneradoras y de general provecho podrían ser acometidas, si se dispusiera para ellas de otros recursos que los del Erario Público, o si éste pudiera ser desgravado de sus actuales cargas.

Por estos caminos, ¡serios, honrados, científicos caminos! demuéstrase que existe una perfecta compatibilidad entre la solución del problema que hoy conmueve al mundo civilizado en este agudo período de la postguerra y los que, para el necesario, imprescindible y urgente desenvolvimiento de su economía, tiene España planteados.

Y revélase así, con caracteres de evidencia, la posibilidad de encontrar soluciones armónicas a esos graves problemas sin que la lucha en que consiste la vida adquiera caracteres de violencia peligrosa y suicida.

* * *

El fomento de la producción, la distribución de sus productos y el ejercicio de la propiedad, no son, como se ha pretendido, problemas de ayer, de hoy y de mañana. En mayor o menor proporción todas las naciones tienen y tendrán indefinidamente planteados, a un mismo tiempo, esos tres problemas que en definitiva no son más que tres aspectos distintos, técnico, económico y jurídico, de un problema único, del problema social; en España la simultaneidad de esos tres aspectos, queda bien patente por una simple ojeada a cuanto nos rodea. No podemos detenernos a discutir la distribución de unos productos que en definitiva no hemos llegado a alcanzar, y no vale la pena de luchar por una propiedad a la cual no hemos sabido conceder su justo valor, una propiedad que abandonamos en poder de las primeras manos expertas que la apetecen. Es preciso marchar; otros pueblos están ventilando cuestiones mucho más arduas que las nuestras sin detenerse en el camino y no podemos quedarnos atrás, porque en el comercio humano el retraso es la ruína, pese a todas las utopías concebibles.

Pero para poder avanzar por ese camino necesario, es preciso que haya una fuerza resultante positiva, y mal podría haberla si consumiéramos todas nuestras energías en luchas internas.

Por fortuna, en mayor o menor medida, según los tiempos y las circunstancias, hay una fuerza que es siempre esencialmente progresiva, la fuerza de la inteligencia, y el avance dependerá de su influencia en el medio, porque los esfuerzos del poseedor de la fortuna y del que la ambiciona habrán de ser siempre opuestos entre sí y aproximadamente equivalentes, salvo en cortos períodos de pasajera conmoción interior.

Por eso hay que alentar y favorecer todos los esfuerzos del trabajo intelectual, que es el más generoso, quizá el único generoso, el único que sin provecho propio puede ser ejercido en bien de todos. Muy pocos han sido, en efecto, los que han dejado huellas de un trabajo material espontáneo y desinteresado.

do, mientras que la Historia está llena de dádivas espléndidas, admirables, de la inteligencia humana.

Entre los mismos pontífices del socialismo moderno algunos lo reconocen así. Kantsky, por ejemplo, dice: La clase intelectual es la que por su condición puede elevarse por encima de las mezquinas ideas de oficio y profesión y de sus transitorios intereses particulares para tomar en cuenta los intereses generales y eternos de la Sociedad y salir en su defensa.

Con frecuencia ha sido negada, sin embargo, esta gran verdad llegando a decir, como credo partidista, que de las luchas en favor del proletariado obrero, debía ser eliminada esa clase intelectual por peligrosa y propensa a inclinarse siempre del lado del poder constituido, de la posesión, de todas las fuerzas retardatarias.

Representa esto, no uno, sino varios errores acumulados. En primer lugar ¿qué son más que intelectuales esos hombres conductores de muchedumbres?; su conocimiento de la vida podrá quedar reducido a una faceta por invariabilidad del punto de vista elegido, pero, en definitiva, a la inteligencia deben la supremacía que ejercen. Media, además, el error, bien explicable en quienes lo padecen, de calificar de clase intelectual a la mera y superficialmente ilustrada, a la que por haber dispuesto de medios materiales y de tiempo para invertirlos, ha adquirido esos conocimientos que bastan para simular en el trato social una cultura que en el fondo no existe. Y hay, sobre todo, una gran injusticia, la de no reconocer y agradecer conmovidos los favores debidos a los grandes bienhechores de la humanidad, a los que un día evitan el dolor, otro alargan, hacen más soportable y aun alegran la vida, a los que redimieron al hombre de los trabajos más rudos, de las penalidades más cruentas o han sabido consolarle en las que no está en su mano evitar. Ninguno de esos hombres ha pensado en una determinada clase social y todos se benefician de esfuerzos que con frecuencia son jirones de su propia vida.

La inteligencia es la única fuerza positiva permanente, la sola indestructible por lo mismo que es inmaterial. Es como un manantial que mana al borde del camino seguido por la vida en su marcha tumultuosa, las profundas rodadas abiertas en el suelo revuelto y fangoso le darán el aspecto de un charco, pero basta un momento de calma para que las aguas se sedimenten y el

manantial vuelva a ofrecer al viandante el inagotable tesoro de su caudal.

La inteligencia, agitada por las pasiones, puede encharcar ese camino con grave peligro de atasco, pero basta un breve reposo para que, auxiliada por la ciencia, que es más útil ejercicio, brinde las puras aguas que mitigan o apagan la sed, lo mismo la de saber que la de justicia.

Así sucede que los pensadores societarios de la época pasada, los propulsores del socialismo y, entre ellos principalmente el definidor del credo más generalizado, Carlos Marx, aun cuando prestaron un sólido servicio a la clase en cuyo favor combatían, no pasaron de la fase crítica; plantearon agudamente el problema, agitaron las aguas, pero no pudieron llegar a la fase constructiva, porque les faltaba el espíritu ampliamente científico, no deformado por prejuicios de clase, que hubiera sido indispensable para elevarse sobre los intereses de la suya, y es preciso el concurso sedante de los hombres bien dotados de ese gran espíritu.

El problema vive ya en todas las conciencias; pasó la época de su revelación a la sensibilidad adormecida de los privilegiados; de los que disfrutaban sin riesgo y sin fatiga los bienes de la humanidad en virtud de un derecho secular que va perdiéndose poco a poco y sin remedio; ahora es necesario el concurso de los amplios espíritus científicos constructivos, justos y serenos, porque solo a ellos está reservado el impulso que ha de hacer marchar a la humanidad, en incensante evolución, hacia un mejoramiento perdurable y estabilizado.

Los agitadores de esas aguas, tan claras en su origen, subsisten, es verdad, subsisten y probablemente subsistirán mucho tiempo, al menos en España, no sólo porque sus cabezas pre-dispuestas desde larga fecha son fácilmente fecundadas, como las palmeras, por los gérmenes que el viento trae, sino por culpable abandono momentáneo de los legítimos poseedores del saber, de los verdaderos científicos, de los únicos que pueden traernos soluciones que no consistan en un simple cambio de personas.

El error que ese abandono representa empieza a ser subsanado y para convencerse de ello basta mirar a dos instituciones de que son justo título puede enorgullecerse el país, el Instituto de Reformas Sociales y el Nacional de Previsión. Ved lo que

acerca del primero, tan injustamente tratado con frecuencia, dice Marvaud, en el volumen de la «Bibliothèque d'histoire Contemporaine» titulado "*La question sociale en Espagne*„. (1)

«Todas las condiciones y todas las opiniones están representadas en el Instituto. Allí se encuentran republicanos, conservadores, católicos y libre-pensadores. Y todo el mundo trabaja en común, sin desfallecimientos, sin otra aspiración que cumplir con su deber y poner al servicio de la paz social toda su actividad y todas las luces de su inteligencia».

No son menos laudatorios los juicios que ha merecido el segundo, y ahí está, entre otros nacionales y extranjeros, el de M. Ernest Lehr, Secretario perpetuo honorario del Instituto de derecho Internacional, que el nuestro ha dado a conocer en las cartillas divulgadoras haciéndole figurar en el índice de sus publicaciones. Los elogios que contiene son los que se deben a las ilustres personalidades que se han congregado para cumplir una misión humanitaria y patriótica tan elevada, en torno del hombre eminente a quien ha cabido el envidiable privilegio de prestar relevantes servicios a su patria en los tres ejercicios más nobles, el de las armas para su defensa, el de la técnica científica para su cultura, el de la ciencia social para su prosperidad.

Es también significativo y satisfactoriamente sintomático el hecho de que sea, si no todo lo grande que debiera, bastante extenso e incensantemente creciente, el número de los autores de trabajos documentados acerca de las diversas cuestiones aisladas integrantes del problema social.

Aún lo es mucho más otro hecho del cual me hago eco con verdadera satisfacción porque trae alguna tranquilidad al ánimo preocupado por posibles trastornos y quebrantos de la paz social, con grave daño para el posible y deseado porvenir de España. Y este hecho que viene a confirmar nuestras esperanzas en la virtualidad de las soluciones ofrecidas por el estudio sereno, riguroso y desinteresado, en la eficacia del esfuerzo intelectual, consiste en la simpatía que los obreros más inteligentes y mejor preparados, los que llevan dignamente la representación y la voz de su clase en las deliberaciones de esos consejos mixtos demuestran por las soluciones mejor fundadas, más científicas, aun cuando ofrezcan menores ventajas iniciales.

(1) J. Menéndez Ormaza.—La cuestión social en sus relaciones con los distintos modernos sistemas de pagos de salarios.—Madrid 1920.

En el reciente Congreso de Ingeniería, Sección 12, — al discutirse uno de los más agudos aspectos del problema social, — D. Matías Gómez Latorre, declaró que las ideas que más en armonía se encontraban con las aspiraciones de la clase trabajadora, de entre todas cuantas se expusieron, eran las contenidas en un estudio fundado sobre base matemática, del Sr. Lardeda, el cual apoyaba sus conclusiones en la consideración de que no bastaría para resolver la cuestión social un reparto más equitativo de la riqueza, si ésta es escasa, sino que ante todo hay que aumentarla ideando un método de pago de salarios que, al mismo tiempo que permite satisfacer las necesidades del obrero, satisfaga esa otra condición esencial. Y este sistema no puede ser ni el de salario fijo cuyo aumento apenas es sensible para el receptor por el inmediato descenso del valor adquisitivo de la moneda y que además es ruinoso para la producción nacional, ni el de participación global en los beneficios, pues, aun repartiéndolos íntegramente, apenas podrían ser suplementados los salarios en un 20 por 100. En vista de esos graves inconvenientes el ponente se mostraba partidario del abono por tarifa diferencial ilimitada, es decir por un sistema científico semejante a los de Halsey y Rowan y en cierto modo a los de Towne y Villans que han venido a substituir, mejorándolo, al ya muy conocido e imperfecto de Taylor.

Algo semejante ha sucedido al ser discutido el empleo de los fondos que vienen a nutrir las cajas autónomas del Instituto Nacional de Previsión. Puesto en el dilema de aceptar un reparto inmediato de esos fondos entre los obreros retirados a la capitalización en el plazo tipo, el vocal representante suyo opta por esta y suma su voto al de los defensores de la solución armónica, científica, elevándose sobre aquella forma de pública asistencia directa, para poder plantear en estos momentos el problema de la previsión, del retiro obrero, en sus verdaderos términos, en los únicos que ofrecen una solución completa con caracteres definitivos. Y como quiera que esta solución del problema parcial del retiro puede serlo a la vez, según habréis visto, de arduos problemas planteados a la economía nacional por la necesidad de acometer obras de rendimiento seguro e inmediato, impulsoras de la producción y reductoras, por tanto, del precio unitario de los productos, dedúcese que es posible encontrar con el asenso de los más interesados, soluciones armónicas que a un tiempo satisfagan las aspiraciones justas de la clase obrera y los más elevados anhelos de prosperidad colectiva y nacional.

En los dos aspectos más difíciles, la luz viene del mismo lado, del lado de la ciencia, de la ciencia llamada social, que hoy estudia hechos, acopia datos, realiza experiencias y clasifica sus resultados, pero que mañana hará síntesis y dictará leyes de ineludible cumplimiento; ciencia que está llamada a servir de lazo de unión entre las experimentales y la historia con el auxilio que es común a todas, de la Matemática, la más útil a la Humanidad por lo mismo que es la más desinteresada, la verdaderamente imaginativa y abstracta.

Los obreros vuelven a ella sus ojos huyendo quizá, de las tenebrosidades de estos días de lucha enconada y de las incertidumbres de un mañana inquietante. Si cunde el ejemplo y se generaliza la aplicación de las inteligencias más preclaras al estudio de esta clase de cuestiones, algunas llegarán a dictar la buena palabra que esa gran masa informe escuche emocionada y crea convencida.

Esas voces no le halagarán seguramente, como tantas otras lo hicieron con vulgar, abrumadora e interesada frecuencia, emplearán un lenguaje austero, el lenguaje propio de los investigadores de la verdad, pero, por lo mismo serán respetadas y atendidas.

Esas voces no serán la de la seducción, que la ocasión hace afortunadas, serán sinceras, hondamente cordiales, como la es la de un hermano mayor que se esfuerza por reintegrar al seno de la familia para la prosperidad de todos, la voluntad consumida por infecundos amores de perdición.

Aquí hemos oído ahora mismo una de esas voces sinceras, honradas, inflamadas de buena intención, la de Lasierra, la misma que en el seno del Instituto Nacional de Previsión ha sostenido el criterio delicadamente generoso de la capitalización del ahorro y de su inversión en empresas de general provecho, que compartimos con fe de convencidos y fervor de patriotas.

Desde hoy resonará en el recinto de la Academia, cuyas puertas se han abierto para recibir al amigo de todos, como siempre lo estuvieron nuestros brazos.

En nombre de los que son ya sus compañeros, honrándose con ello, le doy la bienvenida.

HE DICHO.